

1.

Preámbulo para curiosas lectoras y lectores

El 2 de junio de 2021, a las 8:44 h, la RAE respondía así a una consulta en su Twitter:

Lo que comúnmente se ha dado en llamar “lenguaje inclusivo” es un conjunto de estrategias que tienen por objeto evitar el uso genérico del masculino gramatical, mecanismo firmemente asentado en la lengua y que no supone discriminación sexista alguna (<https://twitter.com/raeinforma/status/1395670784710955014>).

Ya sabemos que la limitación de caracteres de esta red social obliga a la simplificación, y que quizás ese constituya uno de sus mayores peligros. De hecho, la brevedad y concisión que caracterizan a la comunicación inmediata de las redes hace que se difumine la capacidad de leer entre líneas y aboca a innumerables malentendidos de final imprevisible, en un contexto mediático en el que el conflicto tiene categoría de un espectáculo que engancha. Una amiga mía filósofa dice, con no poca razón, que Twitter es lo más parecido a ir de madrugada por un callejón oscuro: de cualquier esquina puede saltar el navajazo verbal.

Sin embargo, lo que transmite el anterior mensaje académico no tiene su origen tanto en la concisión del medio como en la perfecta comprensión de su carácter propagandístico y en el empleo de un cierto enfoque ideológico y de unos determinados recursos retóricos. A esa definición del llamado “lenguaje inclusivo” se le ha aplicado una de las estrategias más estudiadas por el análisis crítico del discurso en los alegatos con sesgo ideológico: la omisión, en este caso

entreverada de hipérbole. En realidad, el objetivo de las estrategias de lo que en este libro preferiré denominar “comunicación o lenguaje no sexista” no consiste específicamente en la evitación del masculino genérico, sino en la puesta en práctica, en ejercicio de la voluntad y de la libertad comunicativa de quien habla, de unas variadas formas expresivas y discursivas, ni agramaticales ni incorrectas, que marcan con exactitud los referentes en los discursos y que visibilizan a los dos sexos, específicamente a las mujeres, puesto que la investigación ha demostrado sin lugar a dudas su tradicional ocultamiento discursivo.

Además, este tuit nos ofrece, en tan solo un adjetivo, intensificado por un adverbio (“firmemente asentado”), una metáfora conceptual que se enmarca en uno de los ideogramas tradicionales del pensamiento lingüístico conservador: el del lenguaje como “objeto natural” (Becker 2019: 10). Por supuesto que el masculino genérico es un mecanismo *asentado* en español, tanto como el androcentrismo en nuestra cultura, pero ese tipo de definición, clásica en el prescriptivismo, no puede pretender desactivar la búsqueda de explicaciones científicas sobre su origen y funcionamiento, ni puede inducir a pensar socialmente que se trata de un fenómeno “de la naturaleza”, ni puede servir prácticamente como único argumento para oponerse a otras alternativas de uso perfectamente correctas.

El mensaje termina volviendo a hacer empleo de la omisión hiperbolizada, ya que no se puede calificar de otra manera la afirmación, sin matices, de que el masculino genérico no supone discriminación sexista alguna: sobre este punto la investigación ha sido muy clara, como se verá en lo sucesivo en este libro. Desde la perspectiva del análisis crítico del discurso, en la comunicación es tan importante lo que aparece como lo que se omite, y muchas veces esto último resulta realmente lo más relevante.

Si algo se deduce del somero análisis del anterior tuit es que estamos ante una cuestión que va más allá de los límites de la gramática. Realmente, el enfoque que se necesita para tratarla adecuadamente es mucho más amplio de lo que pudiera parecer, ya que desborda incluso la lingüística y se interna en los terrenos sociológico, político, antropológico, cultural... con un destacado papel de la ideología. Discursivamente, como se ha visto, la ideología tiene una patente manifestación retórica que puede alcanzar cotas notables. En cuanto al lenguaje no sexista, las expresiones retóricas de la ideología que se le opone, que es la que ostenta una posición de dominio de los medios discursivos, han ido desde la ridiculización hasta la demonización injustificada, pasando por la banalización demagógica.

Argumentar que *mujer* está incluida en *hombre* como *puerta* o *ventana* están incluidas en *casa*, escribir “presidento y presidenta” o “millones y millonas”; volver a relatar los reiterados ejemplos de que, a este paso, tendremos que decir “gatos y gatas”, o llamar *miembros* a los brazos y *miembras* a las piernas, se enmarcan dentro de estas estrategias de ridiculización, trivialización

y banalización. Curiosamente, casi todos estos enunciados están relacionados con el desdoblamiento.

El 13 de mayo de 2021, en un programa televisivo que en etapas anteriores se dedicaba a descifrar misterios paranormales, se abordó el tema del lenguaje inclusivo, al hilo, entre otros acontecimientos, de su reciente prohibición institucional en Francia en el ámbito educativo por parte de un gobierno conservador, veto imitado últimamente, en grado de tentativa, dentro de nuestras fronteras (*Alerta. El Diario de Cantabria*, 20 de junio de 2021. <https://www.eldiarioalerta.com/articulo/agencias/vox-exigira-manana-congreso-eliminar-lenguaje-inclusivo-documentos-oficiales-suponer-molestia/20210620113258149653.html>).

La supuesta tertulia escenificaba de forma meridiana la percepción degradada del asunto que ha llegado a infundirse en la masa social. En esta emisión mediática se cuidó exquisitamente la posición de privilegio discursivo de la postura institucional, a través de la intervención primera, extensa y sin interrupciones de la Academia, de manera virtual. Sin embargo, en presencia, a dos expertas en la materia les daban la réplica un político provocador y un videobloguero antifeminista que hace encuestas sobre el tema en las redes.

Descender al nivel de los animales o de los objetos empleando magnitudes que no son commensurables entre sí, optar por desdoblamientos burlescos, o montar un circo mediático... son maneras muy diversas de rebajar dialécticamente un debate serio y relevante que nos incluye a los seres humanos, a las mujeres y a los hombres, y no puede olvidarse que las personas somos lo más importante dentro de nuestra propia clasificación cognitiva y simbólica de la realidad.

Aprovechando que la alfombra roja mediática está permanentemente desplegada para la postura hegemónica, se han establecido firmemente en gran parte de la sociedad ideas que no son exactas, como que el lenguaje no sexista es una imposición; que los desdoblamientos albergan algún tipo de agramaticalidad o incorrección, o que pareciera que nunca han existido en la historia del español. Asimismo, se ha insistido en una perniciosa e injusta sobreidentificación del lenguaje no sexista exclusivamente con algunos de sus recursos, sobre todo cuando se emplean inadecuadamente (volvemos a los desdoblamientos) o cuando ciertos fenómenos se convierten en un chiste de moda que circula por grupos de *guasap* (*todos, todas y todes*).

Sin embargo, la comunicación no sexista va mucho más allá de uno de sus recursos en particular, y, por supuesto, más allá de los desdoblamientos o de las “cascadas de vocales” y “tripletes”, como ha mencionado alguna vez María Martín Barranco en sus intervenciones públicas (Becerra 2021; López 2021) y en sus textos (Martín Barranco 2022: 101). Se trata de un completo y variado catálogo de estrategias que, en palabras de Susana Guerrero Salazar (2020b: 218), “como realidad en construcción, se perfila de acuerdo a cada contexto”.

La investigación está dejando cada vez más claro que los argumentos contra el lenguaje no sexista son más ideológicos que lingüísticos, y que se han centrado en aspectos muy concretos y polémicos que han servido para desviar la atención de los verdaderos objetivos de estas propuestas.

La falta de conocimiento y pedagogía lingüística, por un lado, y el tratamiento banalizador y despectivo que se ha visto antes en el nivel institucional y mediático, por otro, han contribuido a forjar, en amplios sectores sociales, un marcado rechazo del fenómeno, hasta tal punto que llega a incluirse, inmerecidamente, en el mismo cajón de sastre junto con asuntos como la posverdad. Estas hiperreacciones negativas constituyen un clásico internacional por lo que respecta a las propuestas del lenguaje no sexista y plantean, al mismo tiempo, varios interrogantes: cuáles son sus auténticas motivaciones socioculturales y cómo han condicionado y condicionan los avances de la comunicación no discriminatoria por razones de sexo. A intentar responder a estas y a otras cuestiones se dedicará este ensayo.